

pasos se introducía en el punto que había estudiado aquel día ó el antecedente. De esta suerte siempre parecía más erudito que los demás. Aun en disputas escolásticas se usa de este estratagemá. He visto más de dos veces algún buen teólogo puesto en confusión por un principiante; porque este, quimerizando en el argumento sobre alguna proposición, sacaba la disputa de su asunto propio á algún enredo sumulístico de ampliaciones, restricciones, alienaciones, oposiciones, conversiones, equipolencias, de que el teólogo estaba olvidado. Esto es, como el villano Caco, traer con astucia á Hércules á su propia caverna para hacer inútiles sus armas, cegándole con el humo que arrojaba por la boca.

§ V.

Fuera de los sabios de perspectiva, que lo son por su artificio propio, hay otros que lo son precisamente por error ajeno. El que estudió lógica y metafísica, con lo demás que debajo del nombre de filosofía se enseña en las escuelas, por bien que sepa todo, sabe muy poco más que nada; pero suena mucho. Dicese que es un gran filósofo, y no es filósofo grande ni chico. Todas las diez categorías, juntamente con los ocho libros de los *Físicos* y los dos adjuntos *De generatione et corruptione*, puestos en el alambique de la lógica, no darán una gota del verdadero espíritu filosófico, que explique el más vulgar fenómeno de todo el mundo sensible. Las ideas aristotélicas están tan fuera de lo físico como las platónicas. La física de la escuela es pura metafísica. Cuanto hasta ahora escribieron y disputaron los peripatéticos acerca del movimiento, no sirve para determinar cuál es la línea de reflexión por donde vuelve la pelota tirada á una pared, ó cuánta es la velocidad con que baja el grave por un plano inclinado. El que por razones metafísicas y comunísimas piensa llegar al verdadero conocimiento de la naturaleza, delira tanto como el que juzga ser dueño del mundo por tenerle en un mapa.

La mayor ventaja de estos filósofos de nombre, si manejan con soltura en las aulas el argadillo de *Barbara, Celarem*, es que con cuatro especies que adquirieron de teología ó medicina, son estimados por grandes teólogos ó médicos. Por lo que mira á la teología, no es tan grande el yerro; pero en orden á la medicina no puede ser mayor. Por la regla de que *ubi desinit phisicus, incipit medicus*, se da por asentado, que de un buen filósofo fácilmente se hace un buen médico. Sobre este pié, en viendo un platicante de medicina que pone veinte silogismos seguidos sobre si la privación es principio del ente natural, ó si la union se distingue de las partes, tiene toda la recomendación que es menester para lograr un partido de mil ducados.

El doctísimo comentador de Dioscórides, Andrés de Laguna, dice, que la providencia que, si se pudiese, se debiera tomar con estos mediquillos flamantes, que salen de las universidades rebosando las bravatas del *ergo* y del *probo*, sería enviarlos por médicos á aquellas naciones con quienes tuviémos guerra actual, porque excusarían á España mucho gasto de gente y de pólvora.

Seguramente afirmo que no hay arte ó facultad más inconducente para la medicina que la física de la escuela.

la. Si todos cuantos filósofos hay y hubo en el mundo se juntasen y estuviesen en consulta por espacio de cien años, no nos dirían cómo se debe curar un sabañon; ni de aquel tumultuante concilio saldría máxima alguna que no debiese descaminarse por contrabando en la entrada del cuarto de un enfermo. El buen entendimiento y la experiencia, ó propia ó ajena, son el padre y madre de la medicina, sin que la física tenga parte alguna en esta producción. Hablo de la física escolástica, no de la experimental.

Lo que un físico discurre sobre la naturaleza de cualquiera mixto es, si consta de materia y forma substanciales, como dijo Aristóteles, ó si de átomos, como Epicuro, ó si de sal, azufre y mercurio, como los químicos, ó si de los tres elementos cartesianos: si se compone de puntos indivisibles ó de partes divisibles *in infinitum*; si obra por la textura y movimiento de sus partículas, ó por unas virtudes accidentales, que llaman cualidades; si estas cualidades son de las manifiestas ó de las ocultas; si de las primeras, segundas ó terceras. ¿Qué conexión tendrá todo esto con la medicina? Menos que la geometría con la jurisprudencia. Cuando el médico trata de curar á un tercianario, toda esta baraunda de cuestiones aplicadas á la quina le es totalmente inútil. Lo que únicamente le importa saber es, si la experiencia ha mostrado que en las circunstancias en que se halla el tercianario es provechoso el uso de este febrífugo; y esto lo ha de inferir, no por *dici de omni, dici de nullo*, sino por inducción, así de los experimentos que él ha hecho, como de los que hicieron los autores que ha estudiado.

En ninguna arte sirve de cosa alguna el conocimiento físico de los instrumentos con que obra; ni este dejará de ser gran piloto por no poder explicar la virtud directiva del iman al polo; ni aquel, gran soldado por ignorar la constitución física de la pólvora ó del hierro; ni el otro, gran pintor por no saber si los colores son accidentes intrínsecos ó varias reflexiones de la luz; ni, al contrario, el disputar bien de todas estas cosas conduce nada para ser piloto, soldado ó pintor. Más me alargará para extirpar este comun error del mundo, si ya no le hubiese impugnado con difusión y plenamente el doctísimo Martínez, en sus dos tomos *De medicina sceptica*.

§ VI.

Otro error comun es, aunque no tan mal fundado, tener por sabios á todos los que han estudiado mucho. El estudio no hace grandes progresos si no cae en entendimiento claro y despierto, así como son poco fructuosas las tareas de el cultivo cuando el terreno no tiene jugo. En la especie humana hay tortugas y hay águilas: estas de un vuelo se ponen sobre el olimpo; aquellas en muchos dias no montan un pequeño cerro.

La prolija lectura de los libros da muchas especies; pero la penetración de ellas es don de la naturaleza, más que parto del trabajo. Hay unos sabios, no de entendimiento, sino de memoria, en quienes están estampadas las letras como las inscripciones en los mármoles, que las ostentan y no las perciben. Son unos libros mentales, donde están escritos muchos textos; pero propia-

mente libros, esto es, llenos de doctrina y desnudos de inteligencia. Observa cómo usan de las especies que han adquirido, y verás cómo no forman un razonamiento ajustado que vaya derecho al blanco del intento. Con unas mismas especies se forman discursos buenos y malos, como con unos mismos materiales se fabrican elegantes palacios y rústicos albergues.

Así puede suceder que uno sepa de memoria todas las obras de santo Tomas y sea corto teólogo; que sepa del mismo modo los derechos civil y canónico, y sea muy mal jurista. Y aunque se dice que la jurisprudencia consiste casi únicamente en memoria, ó por lo ménos más en memoria que en entendimiento, este es otro error comun. Con muchos textos de el derecho se puede hacer un mal alegato, como con muchos textos de Escritura un mal sermón. La elección de los más oportunos al asunto toca al entendimiento y buen juicio. Si en los tribunales se hubiese de orar de repente y sin premeditación, sería absolutamente inexcusable una feliz memoria donde estuviesen fielmente depositados textos y citas para los casos ocurrentes. Mas como esto regularmente no suceda el que ha manejado medianamente los libros de esta profesion y tiene buena inteligencia de ella, fácilmente se previene buscando leyes, autoridades y razones; y por otra parte, la elección de las más conducentes no es, como he dicho, obra de la memoria, sino del ingenio.

He visto entre profesores de todas facultades muy vulgarizada la queja de falta de memoria, y en todos noté un aprecio excesivo de la potencia memorativa sobre la discursiva; de modo que, á mi parecer, si hubiese dos tiendas, de las cuales en la una se vendiese memoria y en la otra entendimiento, el dueño de la primera presto se haría riquísimo, y el segundo moriría de hambre. Siempre fui de opuesta opinion; y por mí puedo decir que más precio daría por un adarme de entendimiento que por una onza de memoria. Suelen decirme que apetezco poco la memoria porque tengo lo que he menester. Acaso los que me lo dicen hacen este juicio por la reflexión que hacen sobre sí mismos de que ansian poco algún acrecentamiento en el ingenio, por parecerles que están abundantemente surtidos de discurso. Yo no negaré que aunque no soy dotado de mucha memoria, algo ménos pobre me hallo de esta facultad

que de la discursiva. Pero no consiste en esto el preferir esta facultad á aquella, si en el conocimiento claro que me asiste de que en todas facultades logrará muchos más aciertos un entendimiento como cuatro con una memoria como cuatro, que una memoria como seis con un entendimiento como dos.

§ VII.

De los escritores de libros no se ha hablado hasta ahora. Esto es lo más fácil de todo. El escribir mal no tiene más arduidad que el hablar mal; y por otra parte, por malo que sea el libro, bástale al autor hablar de molde y con licencia del Rey, para pasar entre los idiotas por docto.

Pero para lograr algún aplauso entre los de mediana estofa, puede componerse de dos maneras: ó trasladando de otros libros, ó divirtiéndose en lugares comunes. Donde hay gran copia de libros es fácil el robo sin que se note. Pocos hay que lean muchos, y nadie puede leerlos todos; con que, todo el inconveniente que se incurre es, que uno ú otro, entre millares de millares de lectores, coja al autor en el hurto. Para los demás queda graduado de autor en toda forma.

El escribir por lugares comunes es sumamente fácil. El *Teatro de la vida humana*, las *Poliantas* y otros muchos libros donde la erudición está hacinada y dispuesta con orden alfabético, ó apuntada con copiosos índices, son fuentes públicas, de donde pueden beber, no sólo los hombres, mas también las bestias. Cualquiera asunto que se emprenda, se puede llevar arrastrando á cada paso á un lugar comun, ú de política, ú de moralidad, ú de humanidad, ú de historia. Allí se encaja todo el farrago de textos y citas que se hallan amontonados en el libro *Para todos*, donde se hizo la cosecha. Con esto se acredita el nuevo autor de hombre de gran erudición y lectura; porque son muy pocos los que distinguen en la série de lo escrito aquella erudición copiosa y bien colocada en el cerebro que oportunamente mana de la memoria á la pluma; de aquella que en la urgencia se va á mendigar en los elencos, y se amontona en el traslado, dividida en gruesas parvas, con toda la paja y aristas de citas, latines y números.

ANTIPATIA DE FRANCESES Y ESPAÑOLES.

§ I.

Los filósofos que no alcanzando las causas físicas de la concordia ó discordia de algunos entes, recurrieron á las voces generales de simpatía y antipatía, tienen alguna disculpa; pero los políticos que, teniendo dentro de su facultad harto visibles las causas de la oposición de algunas naciones, han acudido al mismo asilo, se puede

F.

decir que cierran los ojos, no sólo á la razon, mas también á la experiencia. Esta ojeriza nace de los daños que mutuamente se han hecho en varias guerras, y las guerras de las opuestas pretensiones de los príncipes.

Ninguna antipatía más decantada que la de franceses y españoles. Tanto ha ocupado los ánimos la persuasión de la congénita discordia de las dos naciones, que aun cuando dispuso el cielo que la augusta casa de Francia

diese rey á España, muchos pronosticaban que nunca se avendrian bien. De hecho, áun despues por algunos años experimentamos los funestos efectos de esta aversion. Empero es cierto que no dependia el encuentro de alguna oculta disimolizacion de corazones, causada por el arcano influjo de las estrellas; si sólo de que áun estaban recientes las heridas recibidas en las próximas guerras:

*Nondum enim cause irarum, sævique dolores
Exciderant animo.*

Si hubiese alguna oposicion antipática entre las dos naciones, como esta es natural, sería tan antigua como ellas. Bien léjos de eso, su correspondencia en otros tiempos fué tan amigable, que Felipe de Comines dice que no se vió otra tan bien asentada en todas las provincias de la cristiandad. «Ningunas provincias, son palabras de este gran político, entre cristianos están entre sí trabadas con mayor confederacion que Castilla y Francia, por estar asentada con grandes sacramentos la amistad de reyes con reyes y de nacion con nacion.»

En efecto, no se vió jamas entre príncipes alianza concebida en tan estrechos términos como la que juraron Carlos V, rey de Francia, y Enrique II, de Castilla; pues no sólo se la prometieron de rey á rey y de reino á reino, pero áun de particulares á particulares; de modo que en cualquier parte y ocasion que se hallasen castellanos y franceses, se habian de asistir y defender reciprocamente como hermanos, contra cualquiera que los quisiese injuriar.

Algunos quieren que el dominio de los austriacos haya introducido en España la oposicion á los franceses. Yo consentiré en que la aumentó, mas no en que le dió origen; pues ya ántes el reino de Nápoles habia sido la manzana de la discordia entre las dos naciones. Así, juzgo que considerada esta ojeriza en su primer estado, no la heredaron los españoles de los alemanes, sino los castellanos de los aragoneses. Entre las casas de Aragon y Francia se habia disputado ántes furiosamente la corona de Nápoles; y Aragon, en su union con Castilla, trajo acá el derecho, la guerra, la conquista, y por consiguiente el resentimiento.

§ II.

He dicho que la introduccion de los austriacos en España aumentó la oposicion entre franceses y españoles. Ni la de los austriacos con los franceses es muy antigua. Ántes de Maximiliano, abuelo de Carlos V, pocas querellas habian precedido entre unos y otros. La princesa María de Borgoña, heredera de su padre Carlos el Atrevido, fué la hermosa Helena, que puso en armas los dos partidos. Esta señora, pretendida para el delfin de Francia, repelió la propuesta de aquel príncipe por muy niño, y se casó con el emperador Maximiliano. Vengóse despues del desaire el Delfin, ya rey con el nombre de Carlos VIII, en la persona de la princesa Margarita, hija de Maximiliano y de María; pues habiendo contraído esponsales con ella, la despidió, y se casó con Ana, duquesa de Bretaña. Recibió en esta

ofensa dos grandes heridas el corazon de Maximiliano en que acaso la ménos penetrante fué el desaire dado á su hija. Es el caso que muerta ya entonces la princesa María, pretendia Maximiliano con ardor á la duquesa de Bretaña para segunda esposa suya, y llegó á firmar los tratados con ella por su procurador el conde de Nassau. Estando las cosas en este estado, fácil es conocer qué grande sería el dolor de Maximiliano al ver que un rival enemigo suyo, atropellando la fe de dos esponsales, le usurpase la pretendida esposa, habiendo hecho paso para este insulto por el desprecio de su hija.

De aquí nacieron porfiadas guerras entre los dos príncipes. Muerto Maximiliano, y adquirida á la casa de Austria la monarquía española, parecieron sobre el teatro otros dos de las dos casas, Carlos V y Francisco I, en cuya emulacion concurrieron como causas, no sólo la política y la fortuna, mas tambien la naturaleza, distribuyendo á entrambos excelentes prendas personales, que áun hoy tienen en las plumas de las dos naciones pendiente la cuestion de cuál deba ser preferido. Los muchos desaires que hizo la fortuna á Francisco I, á favor de Carlos V, especialmente en la pretension á la corona imperial y en la jornada de Pavia, agriaron el ánimo de aquel príncipe, verdaderamente generoso, de modo, que jamas pudo tolerar las dichas de su émulo, y para contrarrestarlas buscó una alianza sin ejemplar en los reyes antecesores suyos y sin imitacion en los sucesores.

Continuáronse estas discordias en Felipe II, rey de España, con los reyes franceses, que sucedieron á Francisco. El empeño que por una parte se hizo, de favorecer la liga católica de Francia, y el desquite que se arbitró por la otra, de dar aliento á los rebeldes de Holanda, las encendieron más. De los principios señalados, juntos con la cuestion de precedencia entre los embajadores de las dos coronas, que se disputó en el concilio de Trento y otras partes, ademas de las opuestas pretensiones de los príncipes, y otros capítulos de disension, que sería prolijo referir, vino esta oposicion nacional, que se reputa ya como característica en españoles y franceses, y en que erradamente se juzga que influye la naturaleza de uno y otro país.

No negaré que hay alguna diversidad de genios en las dos naciones. Los españoles son graves, los franceses festivos. Los españoles misteriosos, los franceses abiertos. Los españoles constantes, los franceses ligeros; pero negaré que esta sea causa bastante para que las dos naciones estén discordes. La regla de que la semejanza engendra amor, y la desemejanza odio tiene tantas excepciones, que pudiera borrarse del catálogo de los axiomas. A cada paso vemos diversidad en los genios, sin oposicion en los ánimos. Y áun creo que dos genios perfectamente semejantes no serian los que más se amasen. Acaso se causarían más tedio que amor, por no hallar uno en otro sino aquello mismo que siempre posee en sí propio. La amistad pide habitud de proporcion, no de semejanza. Unese la forma con la materia, y no con otra forma, con ser desemejante á aquella y semejante á esta. Con corta diferencia pasa en la union afectiva lo que en la natural. Los ardores del amor se encienden en cada individuo por aquella

perfeccion que halla en otro, y no en sí mismo. Puede ser que en otra ocasion, extendiéndome más sobre esta materia, ponga en grado de error comun el axioma de que la semejanza engendra amor, como comunmente se entiende.

§ III.

Lo que he dicho arriba, que la oposicion de dos naciones viene de las guerras y hostilidades que recíprocamente se han hecho, se debe entender por lo comun, y no con la exclusion de que tal vez intervenga otra causa. Véase esto en la oposicion de los turcos con los persas, la cual es la más enconada que hay en el mundo entre naciones diferentes. Siendo tanta la ojeriza que los turcos tienen con los cristianos, es sin comparacion mayor su aversion á los persas. Ningun oprobrio les parece bastante para exprimir el desprecio que deben hacer de aquella nacion. Esto llega á la extravagancia de ser entre ellos como proverbio que la lengua turca ha de ser la única que se hable en el paraíso, y la persiana en el infierno.

Todo este encono nace únicamente de diferencia en materia de religion. Siendo todos mahometanos, se tratan recíprocamente como herejes. Mutuamente se imputan haber corrompido algunos textos de el Alcoran, como si aquel disparatadísimo libro fuese capaz de más corrupcion que la que trae de su original. Pero el punto capital de la disension está en que los turcos veneran á Abubequer, Othman y Omar, como que fueron los tres primeros califas ó pontífices sumos, sucesores de Mahoma; los persas les niegan este carácter, y colocan por primer califa á Alí, primo hermano y yerno de Mahoma.

Por divertir al lector con una cosa graciosa, y para que vea el horror que tienen los turcos á los persas, pondré aquí la conclusion de la bula de anatema que contra ellos expidió el mustí Esad Efendi, y la trae en el segundo libro de su *Historia del imperio otomano* el señor Rikaut, que dice haberla copiado de un manuscrito antiguo que halló en Constantinopla. Despues de enumerar el mustí otomano los capítulos por donde los persas son herejes y malditos de Dios, prosigue así: «Por lo cual claramente conocemos que vosotros sois los más pertinaces y pestilentes enemigos nuestros que hay en todo el mundo, pues sois más crueles para nosotros que los jecidas, los kiasiros, y los cindikos, y los durcianos; y por comprenderlo todo en una palabra, vosotros sois el compendio de todas las maldades y delitos. Cualquiera cristiano ó judío puede tener esperanza de ser algun tiempo verdadero fiel; pero vosotros no podeis esperar esto. Por tanto, yo, en virtud de

la autoridad que recibí del mismo Mahoma, en consideracion de vuestra infidelidad y vuestras maldades, abierta y claramente difino que á cualquiera fiel, de cualquiera nacion que sea, le es lícito mataros, destruirlos y exterminarlos. Si aquel que mata á un cristiano rebelde hace una obra grata á Dios, el que mata á un persa hace un mérito que merece setenta veces mayor premio. Espero tambien que la divina Majestad en el día del juicio os ha de obligar á servir á los judíos y llevarlos acuestas, á manera de jumentos suyos, y que aquella nacion infeliz, que es el oprobrio de todo el mundo, ha de montar sobre vosotros, y á espolazos os ha de encaminar á toda prisa al infierno. Espero, en fin, que muy presto seréis destruidos por nosotros, por los tártaros, por los indios y por nuestros hermanos y colegas de religion los árabes.» Pensamientos y amenazas dignas de un sectario de Mahoma. El caso es, que esta terrible excomunion parece que fué oracion de salud para los persas, pues despues acá, en los encuentros que se han ofrecido, por la mayor parte dieron en la cabeza á los turcos. ¿A quién no moverá la risa ver con cuánta satisfaccion de la buena causa que defienden, se capitulan unos á otros sobre puntos de religion aquellos bárbaros?

Quis ferat Grachos de seditione querentes?

§ IV.

Pero volviendo á españoles y franceses, lo que invenciblemente prueba que su oposicion, cuando la hay, es voluntaria, y no natural, es la amistad y buena correspondencia con que viven hoy. Todos debemos repetir al cielo nuestros votos para que nunca quiebre. Hoy depende de la cariñosa union de las dos monarquías el lograr para esta un éxito feliz de las presentes negociaciones sobre la paz de Europa, y nuestra quietud y desahogo dependerá siempre del mismo principio. Si se atiende al valor intrínseco de la nacion francesa, ninguna otra más gloriosa, por cualquiera parte que se mire. Las letras, las armas, las artes, todo florece en aquel opulentísimo reino. El dió gran copia de santos á las estrellas, innumerables héroes á las campañas, infinitos sabios á las escuelas. El valor y vivacidad de los franceses los hace brillar en cuantos teatros se hallan. Su industria más debe excitar nuestra imitacion que nuestra envidia. Es verdad que esta industria en la gente baja es tan oficiosa, que se nos figura avariata; pero eso es lo que asienta bien á su estado, porque los humildes son las hormigas de la república. De su mecánica actividad tiran los mayores imperios todo su resplandor. Y por otra parte, se sabe que no tiene Europa nobleza de más garbo que la francesa.